

los individuos tienen que satisfacer ciertas condiciones que exige el bien común para asegurar á la vez el bienestar de cada uno.

La acción que se ejerce sobre ellos para alcanzar esas condiciones, no es otra cosa que la *educación*. En tal concepto, no sólo existe educación en un pueblo constituido, sino aun en los salvajes y hasta en el seno de una familia aislada.

Hay una educación que es el resultado de la acción ejercida por los pedagogos en las escuelas y que quizá no es la más poderosa. A su lado existe otra que es consecuencia de lo que se ha venido á llamar *los colaboradores ocultos de la educación*, y son el clima, la raza, las costumbres, la condición social, las instituciones políticas y las creencias religiosas. Ambas existieron en el antiguo Anáhuac, puesto que hubo pedagogos, y los colaboradores ocultos ejercieron en el pueblo una enérgica influencia.

Lo expuesto nos conduce á contestar afirmativamente la pregunta formulada más arriba.

La actividad pedagógica de un pueblo no sólo se manifiesta en sus doctrinas y teorías, sino en sus métodos é instituciones prácticos. Ciertamente que de los antiguos mexicanos no tenemos obras que traten de educación; sus filósofos no consignaron por escrito los principios en que la basaban; sin embargo, dejaron pinturas y geroglíficos que nos dan una idea de sus tendencias moralizadoras y de sus prácticas y fines pedagógicos. Además de las noticias recogidas por los primeros historiadores, existe el valioso documento denominado Códice Mendocino que arroja mucha luz en esta vía; y aunque imperfecto, con esos materiales se puede trazar el cuadro de la educación en Anáhuac.

El pueblo mexicano era un pueblo

muy religioso. Según calcula Clavijero, había en todo el Imperio 40,000 templos servidos por 1.000,000 de sacerdotes. El sacerdote era muy respetado, estando su cargo ligado muy estrechamente con la política. Motecuhzoma II y Cuauhtemoc desempeñaron el cargo de sumos pontífices, del cual fueron elevados á la primera magistratura. Su religión era mezcla de ideas grandes y pueriles y estaba recargada de prácticas supersticiosas. Su dios principal era el de la guerra, llamado Huitzilopochtli, deidad feroz y sanguinaria que no se aplacaba si no veía á sus pies el corazón palpitante de innumerables víctimas humanas.

Para que su dios no padeciese hambre, aquel pueblo se lanzaba fanáticamente á las expediciones guerreras, donde volvía cargado de botín y de prisioneros que luego cuidaba y engordaba para sacrificarlos al numen; se entregaba á las más duras y dolorosas penitencias, como sacarse sangre picándose, con púas de maguey, espinillas, muslos, pecho, brazos y orejas; otras veces horadábanse las orejas ó lengua, y por el orificio pasaban cañas ó pajas en mayor ó menor número, llegando á exceder de cuatrocientas; sus supersticiones los conducían á actos de barbarie, pues algunos hombres se horadaban la piel del genital sacándose por el horado veinte ó cuarenta brazas de cordel, y en ocasiones se reunían varios hombres y simultáneamente iban tirando de la cuerda.

Las fiestas religiosas eran numerosísimas, haciendo continua é interminable la asistencia á los templos. Los mexicanos pasaban su tiempo combatiendo y orando. Creían que los que morían en la guerra ó en la cautividad, iban á morar á la casa del sol.

En aquel pueblo no había; pues, nada de grande ni de preciso fuera de la